

PERÍODO UNIVERSITARIO

Pese a mi interés creciente por las ciencias naturales volvía siempre de vez en cuando a mis libros filosóficos. La cuestión de elegir mi profesión era cada vez más urgente y angustiosa. Esperaba ardientemente el fin de mi período escolar. Entonces estudiaría, naturalmente, ciencias naturales. Entonces sabría algo positivo. Apenas me propuse esto abiertamente, se me planteó ya la duda: ¿No serían indicadas la historia y la filosofía? Entonces me interesaba nuevamente por los egipcios y los babilonios, y lo que más me gustaba era ser arqueólogo. Pero no disponía de dinero para estudiar en otro sitio que en Basilea y allí no había profesores de estas especialidades. Así, acabaron pronto mis planes. Durante mucho tiempo no pude decidirme y aplazaba una y otra vez mi decisión. Mi padre estaba muy preocupado por ello. Una vez dijo: «El muchacho se interesa por toda clase de cosas, pero no sabe lo que quiere.» No pude menos que darle la razón. Cuando se aproximó la prueba de madurez del bachillerato y tuvimos que decidir en qué Facultad queríamos inscribirnos, dije sin más: Licenciatura de Filosofía, grupo II, por lo tanto, ciencias naturales, pero dejé en duda a mis compañeros de si realmente quería decir grupo I o grupo II.

Esta decisión aparentemente rápida tenía, sin embargo, sus antecedentes. Algunas semanas antes, en la época en que la número 1 y la número 2 disputaban acerca de la decisión a tomar, tuve dos sueños. En el primer sueño pe-



netré en un oscuro bosque que se extendía a lo largo del Rin. Llegué a una pequeña colina, un túmulo funerario y comencé a cavar. Después de un rato descubrí con asombro restos de animales prehistóricos. Esto me interesó apasionadamente y en el mismo instante supe: debo conocer la naturaleza, el mundo en el que vivimos y las cosas que nos circundan.

Entonces tuve un segundo sueño en el que me encontré de nuevo en un bosque. Estaba atravesando por cursos de agua, y en el lugar más oscuro vi, rodeado por densos matorrales, un estanque circular. En el agua estaba, semi-sumergida, la más extravagante figura: un animal redondo, matizado de muchos colores, que se componía de muchas celdillas pequeñas, o de órganos que tenían la forma de tentáculos. Un enorme radiolario de aproximadamente un metro de diámetro. Que esta imponente figura permaneciera tranquilamente en un lugar oculto, en aguas profundas y claras, me pareció indescriptiblemente maravilloso. Estimuló en mí un supremo afán de saber y me desperté palpitándome el corazón. Estos dos sueños me persuadieron definitivamente por las ciencias y desvanecieron todas las dudas a este respecto.

En esta ocasión se me hizo patente que vivía en la época y en un lugar determinado en que uno tenía que ganarse la vida. Por tal motivo había de ser esto o aquello, y me impresionó profundamente que todos mis compañeros estuviesen preocupados por esta necesidad y no pensasen más allá de ello. Me sentí extrañado. ¿Por qué no podía decidirme y organizarme definitivamente? Incluso el meticuloso D., a quien mis profesores de alemán me habían mostrado como modelo de aplicación y diligencia, estaba seguro de que estudiaría teología. Vi que me resultaría más cómodo decidirme de una vez a meditar sobre la cuestión. Como zoólogo, por ejemplo, sólo podría ser maestro de escuela o en el mejor de los casos empleado de un jardín zoológico. Esto no tenía porvenir, incluso tratándose de aspiraciones modestas. Ante la posibilidad de

llegar a ser maestro de escuela hubiera preferido, sin duda, la última alternativa.

En este callejón sin salida se me ocurrió la luminosa idea de que podía estudiar medicina. Extrañamente esto nunca se me había ocurrido antes, aunque mi abuelo paterno, del que tanto había oído hablar, había sido también médico. Precisamente por ello tenía incluso una cierta prevención contra esta profesión. Ante todo «no repetir nada», era mi divisa. Pero ahora, pensé que la licenciatura en medicina por lo menos comenzaba con asignaturas científicas naturales... Así, pues, hice yo también mis cálculos. Además el campo de la medicina era tan diverso que siempre habría posibilidad de dedicarse a alguna rama científica. «Ciencias» era para mí algo incontestable. La cuestión era sólo ¿cómo? Debía ganarme la vida y puesto que no disponía de dinero no podía acudir a ninguna universidad extranjera para prepararme en una carrera científica. En el mejor de los casos podía llegar a ser un dilettante de la ciencia. Puesto que por lo demás tenía una actitud poco simpática hacia muchos de mis compañeros y para mucha gente (léase maestros) que originaba desconfianza y recriminaciones, no existía ninguna posibilidad de hallar un mecenas que pudiese haber apoyado mis deseos. Me decidí pues, finalmente, por licenciarme en medicina con la sensación, no precisamente agradable, de no ser bueno comenzar la vida con un compromiso de este tipo. De todos modos me sentí notablemente aliviado por esta decisión irrevocable.

Pero ahora se suscitó la penosa cuestión: ¿Cómo obtener el dinero necesario para la carrera? Mi padre sólo podía proporcionármelo en parte. Sin embargo, solicité una beca para la universidad que, para mi vergüenza, me fue concedida. Me avergonzaba menos el hecho de que nuestra pobreza fuera así puesta al descubierto a todo el mundo, que el de mi secreta convicción de que, por así decirlo, toda la gente de «arriba», es decir, los que la otorgaban, me eran hostiles. Nunca hubiese esperado esta bondad de

«arriba». Evidentemente me beneficiaba del buen prestigio de mi padre, que era un hombre bueno y sin complicaciones. Me sentía extremadamente distinto a él. Tenía ciertamente sobre mí dos opiniones discordantes entre sí. La número 1 veía mi personalidad como un joven poco simpático y medianamente dotado con ambiciosas pretensiones y temperamento indomable y modales dudosos, tan pronto ingenuamente interesado como infantilmente desilusionado; en lo más hondo de su ser como un reaccionario apartado del mundo. La número 2 consideraba a la número 1 como un difícil e ingrato problema moral, como una especie de trabajo ímprobo, dificultado por una serie de defectos, tal como pereza esporádica, falta de valor, depresión, entusiasmo estéril para las ideas y cosas que nadie valora: amistades imaginarias, estrechez de miras, prejuicios, estupidez (¡Matemáticas!), falta de comprensión por los demás hombres, vaguedad y confusión en cuestiones ideológicas; ni cristiano ni otra cosa. La número 2 no constituía un carácter, sino una *vita peracta*, nacida, viviente, muerta, todo en uno, una visión panorámica de la misma naturaleza humana; despiadadamente lúcida sobre sí misma, pero inepta y poco voluntariosa, aunque ansiosa por manifestarse a sí misma a través del complejo y oscuro médium de la personalidad número 1. Cuando la número 2 prevalecía, la número 1 estaba contenida e instalada en ésta, y a la inversa, la número 2 consideraba a la otra un lúgubre mundo interior. La número 2 sentía la eventual expresión de sí misma como una piedra que hubiera sido arrojada desde los linderos del mundo y hubiera caído en la infinitud de la noche. En ella (la número 2) dominaba, sin embargo, la luz como en los amplios salones de un palacio real, cuyas altas ventanas se abrían a un paisaje bañado por el sol. Aquí imperaban sentido y continuidad histórica en el más estrecho antagonismo con la incoherente contingencia de la vida de la número 1 que en el ambiente inmediato no hallaba en realidad ningún punto de contacto. La número 2, por el contrario, se sentía se-

cretamente identificada como la Edad Media, personificada en Fausto, legado de épocas pasadas por las que Goethe sentía profundo interés. Así, pues, también para él —éste era mi gran consuelo— la número 2 era una realidad. Fausto —lo sospechaba yo con cierto temor— significaba más para mi amado Evangelio de San Juan. En él vivía algo que yo podía compartir espontáneamente; el cristo de San Juan me resultaba ajeno, pero todavía más ajeno me era el Salvador sinóptico. Los evangelios escritos por Mateo, Marcos y Lucas, son tan parecidos y de paralelismo tan visible, que se les llama sinópticos (visibles conjuntamente) (*N. del t.*). Fausto en cambio era un equivalente vivo de la número 2 y estaba convencido de que representaba la respuesta que Goethe había dado a las cuestiones de su época. Esta opinión no sólo me resultaba confortante, sino que me proporcionaba mayor seguridad interna y la certeza de pertenecer a la sociedad humana. Ya no era yo el único ni un mero curioso, por así decirlo un *lusus* de la cruel naturaleza. Mi padrino y protector era el mismo gran Goethe.

Aquí se terminaba en efecto la conformidad preliminar. Pese a mi admiración, censuraba yo la solución definitiva del Fausto. El frívolo menosprecio de Mefistófeles me ofendía personalmente, así como el impío desdén de Fausto y principalmente el asesinato de Filemón y Baucis.

En esta época tuve un sueño inolvidable que al mismo tiempo me aterrorizó y estimuló. Era de noche en un lugar desconocido y sólo penosamente avanzaba yo contra un poderoso huracán. Además se extendía densa niebla. Yo sostenía y protegía con ambas manos una pequeña luz, que amenazaba con apagarse a cada instante. Pero todo dependía de que yo mantuviese viva esta lucecita. De pronto tuve la sensación de que algo me seguía. Miré hacia atrás y vi una enorme figura negra que avanzaba tras de mí. Pero en el mismo momento me di cuenta —pese a mi espanto— de que debía salvar mi pequeña luz, ajeno a todo peligro, a través de la noche y de la tormenta. Cuan-

do me desperté, en seguida lo vi claro: era el «espectro», mi propia sombra sobre la niebla, arremolinándose cansado por la pequeña luz que llevaba ante mí. Sabía también que la lucecita era mi conciencia; es la única luz que tengo. Mi propio conocimiento es el único y el máximo tesoro que poseo. Ciertamente es infinitamente pequeño y frágil frente al poder de las tinieblas, pero una luz al fin y al cabo, mi propia luz.

Este sueño significó para mí una gran revelación: ahora sabía que la número 1 era la que llevaba la luz, y que la número 2 le seguía como una sombra. Mi tarea consistía en conservar la luz y no mirar atrás a la *vita peracta*, que evidentemente era un reino prohibido de luz de otro tipo. Yo debía avanzar contra la tormenta que trataba de hacerme retroceder y entrar en la infinita oscuridad del mundo, donde no se ve nada ni se percibe nada más que la superficie de profundos misterios. Como la número 1 debía progresar en la carrera, en las necesidades económicas, en los compromisos, complicaciones, confusiones, errores, humillaciones y fracasos. La tormenta que yo afrontaba era la época que sin cesar desemboca en el pasado que, también constantemente, me pisaba los talones. En un remolino poderoso que con avidez arrastra consigo a todo cuanto existe y al que sólo se sustrae por algún tiempo quien se esfuerza por avanzar. El pasado es inmensamente real y actual y atrapa a todo aquel que no logra redimirse mediante una respuesta satisfactoria.

Mi concepción del mundo experimentó entonces un giro de 90 grados: supe que mi camino conducía irremisiblemente a lo externo, a lo limitado, a las tinieblas de la tridimensionalidad. Tuve la impresión que debió tener Adán al abandonar así el paraíso. Éste se le había convertido en un espectro y estaba claro que labraría un campo pedregoso con el sudor de su frente.

Me pregunté entonces: «¿De dónde proviene un sueño así?» Hasta entonces tenía por evidente que tales sueños me eran enviados directamente por Dios —*somnia a Deo*

missa—. Pero ahora me había asimilado tanta crítica del conocimiento que me acometieron dudas. Se podía decir, por ejemplo, que mi inteligencia se había desarrollado paulatinamente y después, de repente, se desvanecía en un sueño. Evidentemente se trataba de esto. Pero ello no es ninguna explicación, sino una mera descripción. La verdadera cuestión es por qué este proceso tuvo lugar y por qué irrumpe en la consciencia. Yo no había hecho nada conscientemente para favorecer este desarrollo, sino que mis simpatías estaban en el lado opuesto. Debe, pues, haber algo entre bastidores de la obra, algo inteligente, en todo caso más inteligente que yo; pues yo no hubiera caído en la genial idea de que el reino de la luz interior es una enorme sombra a la luz de la consciencia. Ahora comprendía muchas cosas que antes me resultaban inexplicables, a saber: aquella fría sombra de lo ajeno y lo extraño, que siempre caía sobre la gente, cuando me refería yo a algo que afectara al reino interior.

Tenía que dejar detrás de mí a la número 2, esto lo veía claro, pero en ningún caso me estaba permitido renegar de mí mismo o anularla por completo. Esto hubiera constituido una automutilación y además no hubiera existido ya posibilidad alguna de explicarme el origen del sueño. No existía duda alguna para mí de que la número 2 tenía algo que ver con la causa del sueño y era fácil atribuirle la requerida inteligencia elevada. Yo mismo me sentía cada vez más identificado con la número 1, y esta situación se manifestaba como una mera parte de la mucho más importante número 2, con la cual, por esta razón precisamente, no podía sentirme ya idéntico. La número 2 era de hecho un «espectro», es decir, un espíritu que había crecido al conjuro de la oscuridad del mundo. Esto no lo había sabido yo antes y entonces sólo estaba confusa para mí, como puedo comprobar mirando hacia atrás, aunque tenía la impresión de conocerla incuestionablemente.

En todo caso, se había operado en mí un distanciamiento entre la número 1 y la número 2, que me asignaba

la número 1 y me apartaba en igual medida de la número 2. La número 2 se había convertido, por lo menos en síntesis, en una personalidad en cierto modo autónoma. No asocié a ello ninguna individualidad determinada, como la de un resucitado, aunque por mi procedencia campesina una posibilidad de este tipo me hubiera resultado enteramente admisible. Pues en el campo, según y cómo, se cree en estas cosas, existen y no existen.

Lo único claro en este espíritu era su carácter histórico, su extensión en el tiempo o el estar fuera de su época. Es verdad que todo esto me lo decía a mí mismo no con tantas palabras, del mismo modo que tampoco tenía idea acerca de su existencia en el espacio. Desempeñaba el papel de un factor aún no definido en detalle, presente, sin embargo, de modo definitivo, en el fondo de mi existencia.

El hombre llega al mundo física y espiritualmente con una disposición individual y en primer lugar traba conocimiento con el ambiente paterno y su espíritu con el que, a causa de su individualidad, sólo condicionalmente coincide. Pero el espíritu familiar por su parte está en gran medida incluido por el *espíritu de la época* que, en sí, es ignorado por la mayoría. Si este espíritu familiar representa un *consensus omnium*, significa una seguridad en el mundo; si está en oposición con muchos y en contradicción consigo mismo, en tal caso surge la sensación de inseguridad en el mundo. Los niños responden mucho menos ante lo que los adultos dicen que ante los imponderables del ambiente. A éstos el niño se adapta inconscientemente, es decir, surgen en él correlaciones de naturaleza compensatoria. Las representaciones propiamente «religiosas», que ya sobrecogieron en la infancia, son imágenes surgidas espontáneamente, que deben comprenderse como reacciones a mi ambiente paternal. Las dudas religiosas, a las cuales mi padre debió de sucumbir de modo manifiesto, tuvieron naturalmente en él mi largo período preparatorio. Una revolución así del propio mundo, y del mundo en

general, proyectó sus sombras durante mucho tiempo y tanto más tiempo cuanto más desesperadamente se opone la conciencia a su poder. Es comprensible que las latentes sospechas que sumían a mi padre en la inquietud repercutiesen evidentemente sobre mí también.

Nunca tuve la sensación de que tales influencias procedieran en parte de mi madre, pues ella se encontraba inmersa en una sima profunda e invisible, que nunca me pareció una convicción cristiana. Esto tenía que ver, en cierto modo, con mi afecto por los animales, árboles, montañas, praderas y cursos de agua con lo que sus apariencias cristianas contrastaban con sus convencionales manifestaciones de fe. Este trasfondo correspondía tanto a mi propia actitud, que no motivó inquietud alguna; por el contrario, esta percepción me dio siempre un sentimiento de seguridad y el convencimiento de que aquí existía un terreno firme sobre el que se podía permanecer. No se me ocurrió pensar cuán «pagano» era su fundamento. La número 2 de mi madre representó siempre para mí el más firme apoyo en los incipientes conflictos entre la tradición paterna y las extrañas imágenes compensatorias a cuya creación mi inconsciente se sentía impulsado.

Retrospectivamente veo en qué medida mi desarrollo infantil anticipaba acontecimientos futuros y preparaba modos de adaptación a la ruptura religiosa de mi padre, así como para la trágica revelación de la actual imagen del mundo, que ciertamente tampoco ha surgido de ayer a hoy sino que ha proyectado largo tiempo sus sombras. A pesar de que somos hombres de nuestra propia vida personal somos también, por otra parte, en gran medida, representantes, víctimas y promotores de un espíritu colectivo, cuya vida equivale a siglos. Podemos ciertamente imaginar una vida a la medida de nuestros propios deseos y no descubrir nunca que fuimos en suma comparsas del teatro del mundo. Pero existen hechos que ciertamente ignoramos, pero que influyen en nuestra vida y ello tanto más cuanto más ignorados son.

Así pues, por lo menos una parte de nuestro ser vive en los siglos, aquella parte que para mi uso privado he designado como la número 2. Que no se trata de una curiosidad individual lo demuestra nuestra religión occidental que se dirige, *expressis verbis*, a este hombre interior y que, pronto hará dos mil años, intenta formalmente poner de manifiesto su consciencia de las apariencias y su personalismo: «*Non foras ire, in interiore homine habitat veritas!*» (No salgáis de vosotros mismos, en el interior del hombre habita la verdad.)

Desde 1892 hasta 1894 sostuve una serie de violentas discusiones con mi padre. Él había estudiado en Göttingen lenguas orientales con Ewald y preparado su disertación del *Cantar de los cantares*. Su época heroica terminó con el examen de licenciatura en la universidad. Luego olvidó su disposición filológica. Como párroco rural en Laufen, cerca del salto del Rin, se sumió en el entusiasmo lírico y en sus recuerdos de la época universitaria: siguió fumando su larga pipa de estudiante y fue decepcionado por su matrimonio. Hizo mucho bien —demasiado—. A causa de ello estaba la mayoría de veces de mal humor y su irritación se hizo crónica. Mis padres se esforzaban al máximo en llevar una vida piadosa con el resultado de que sólo raramente había escenas. Por culpa de estas dificultades es natural que más adelante se quebrase también su fe.

Por entonces la irritabilidad y el descontento de mi padre habían aumentado y su estado me llenaba de preocupación. Mi madre evitaba todo cuanto podía irritarle y eludía toda disputa. Si bien tuve que reconocer lo acertado de su comportamiento, no podía refrenar, en muchas ocasiones, mi propio temperamento. Frente a los arrebatos de mi padre me mantenía pasivo, pero cuando me parecía estar de humor favorable intentaba iniciar un diálogo abierto con la intención de conocer más de cerca sus procesos internos y sus convicciones. Estaba claro para mí que algo le incomodaba y sospechaba que esto tenía que

ver con su ideología religiosa. Toda una serie de indicios me convencían de que eran dudas de fe. Esto sólo podía deberse, me parecía, a que le faltaba la necesaria experiencia. De mis discusiones deduje que debía suceder algo por el estilo, pues a toda mis preguntas seguían o bien las consabidas respuestas teológicas, sin vida, o un encogimiento de hombros resignado que despertaba mis protestas. No podía yo comprender que no aprovechara él toda ocasión para oponerse combativamente a su situación. Comprendía que mis preguntas directas lo ponían triste, pero esperaba, sin embargo, una conversación constructiva. Me parecía casi inconcebible que no poseyera la experiencia de Dios, la experiencia más evidente de todas. Ciertamente yo sabía lo bastante sobre la teoría del conocimiento para comprender que no se podía demostrar un conocimiento de este tipo, pero era igualmente evidente que no requiere demostración alguna, del mismo modo que la belleza de una salida de sol o el miedo ante la posibilidad del otro mundo no requerían ser demostrados. Intentaba yo, de un modo posiblemente muy torpe, procurarle estas evidencias, con la vana intención de ayudarle a soportar su especial destino que inexorablemente se cumpliría en él. Tenía que disputar con alguien y lo hacía con su familia y consigo mismo. ¿Por qué no lo hacía con Dios, el oscuro *auctor rerum creatarum*, el único que es realmente responsable de los males del mundo? Él le hubiera enviado seguramente como respuesta uno de aquellos sueños mágicos, infinitamente profundos, que Él me enviaba a mí, sin haberle preguntado, sellando con ello mi destino. Yo no sabía cómo, pero era así. Sí, Él me había permitido incluso una ojeada en su propia esencia. Pero esto último era realmente un gran secreto que ni siquiera a mi padre podía o debía revelar. Quizás, así me lo parecía, lo hubiera podido descubrir si él hubiera sido capaz de comprender la experiencia inmediata de Dios. Pero en mis conversaciones con él nunca llegué tan lejos, ni siquiera a la vista de la cuestión, porque siempre me mantuve en un plano intelectual y no

psicológico, y eludía en lo posible el aspecto sentimental para evitar sus emociones. Pero este tipo de acercamiento actuaba siempre como el trapo rojo ante el toro y conducía a irritadas reacciones que me resultaban incomprensibles. Pues yo no era capaz de comprender cómo un argumento del todo racional pudiese chocar con una oposición emotiva.

Estas discusiones infructuosas nos enojaban a él y a mí y, finalmente, nos retirábamos, cada uno con su particular sentimiento de inferioridad. La teología nos alejó uno de otro. Lo sentí nuevamente como un fatal fracaso en el que, sin embargo, no me sentía solo. Tenía una oscura intuición de que mi padre había sucumbido inevitablemente a su destino. Él estaba solo. No tenía amigos con quienes poder hablar, por lo menos yo no conocía a nadie en nuestro ambiente a quien confiarme para hallar la palabra clave. Una vez le oí rezar: luchaba desesperadamente por su fe. Quedé conmovido e indignado a la vez porque veía que sin remisión quedaba a merced de la Iglesia y de sus pensamientos teológicos. Le habían abandonado alevosamente después de haberle cortado toda posibilidad de llegar directamente a Dios. Entonces comprendí lo profundo de mi vivencia: Dios mismo había desautorizado en mi sueño a la teología y a la Iglesia sobre ella. Fundada por otra parte, Él admitía, como tantas otras cosas, la teología. Me pareció ridículo suponer que los hombres hubiesen sido los causantes de tal evolución. ¿Qué eran, pues, los hombres? Han nacido tontos y ciegos, como los perritos, como todas las creaciones de Dios, dotados de escasas luces, que no pueden iluminar las tinieblas entre las que andan a ciegas. Todo esto me resultaba claro y también estaba seguro de que ninguno de los teólogos que yo conocía había visto con sus propios ojos «la luz que brilla en las tinieblas», de lo contrario no hubieran podido enseñar ninguna «religión teológica». La «religión teológica» no podía servirme para nada, pues no correspondía a mi experiencia de Dios. Sin esperanza de saber, exigía creer. Esto lo

botellas de vino fue su último recuerdo vivo de una época en la que fue lo que debía haber sido. Poco después de esta excursión empeoró su estado. A finales de otoño de 1895 tuvo que guardar cama y murió a comienzos del año 1896.

Llegué a casa después de las clases y pregunté por él. «Ah, está como siempre. Se encuentra muy débil», dijo mi madre. Él le susurró algo y mi madre dijo, indicándome con su mirada el estado de delirio de mi padre: «Desea saber si has aprobado ya el examen de licenciatura.» Vi que estaba obligado a mentir: «Sí, me ha ido muy bien.» Suspiró aliviado y cerró los ojos. Algo más tarde volví a verle. Estaba solo. Mi madre tenía algo que hacer en la habitación contigua. Respiraba con dificultad y vi que estaba agonizando. Quedé petrificado junto a su cama. Nunca había visto todavía morir a un hombre. Repentinamente dejó de respirar. Yo esperaba y esperaba que volviese a cobrar aliento. Pero no se produjo. Entonces me acordé de mi madre y fui a la habitación vecina donde estaba sentada ante la ventana haciendo calceta. «Se muere», dije. Vino conmigo a la cama y vio que estaba muerto. Dijo, como extrañada: «Qué aprisa ha pasado todo.»

Los días siguientes fueron lúgubres y dolorosos y poco recuerdo de ellos. Una vez mi madre me habló a mí o a mi atmósfera con su segunda voz, y dijo: «Ha muerto a tiempo para ti», y lo que me pareció que significaba: «Vosotros no os comprendíais y te hubiese podido resultar un estorbo.» Esta interpretación me pareció coincidir con la número 2 de mi madre.

El «para ti» me impresionó terriblemente y sentí que todo un capítulo de los viejos tiempos había finalizado irrevocablemente. Por otra parte, se despertó entonces en mí un atisbo de visibilidad y libertad. Después de la muerte de mi padre me trasladé a su habitación y en el marco de la familia ocupé su lugar. Tuve, por ejemplo, que dar semanalmente a mi madre el dinero para el mantenimiento de la casa, porque ella no sabía administrarse ni manejar el dinero.

Vida

Unas seis semanas después de su muerte, mi padre se me apareció en sueños. Repentinamente surgió ante mí y me dijo que regresaba de vacaciones. Se había repuesto completamente y ahora regresaba a casa. Pensé que me reprocharía el haberme trasladado a su habitación. ¡Pero de ello no dijo nada! Con todo, me avergoncé por haberme imaginado que estaba muerto. Al cabo de unos dos días se repitió el sueño de que mi padre volvía a casa convaleciente y nuevamente me reproché haber creído que hubiese muerto. Yo me preguntaba sin cesar: «¿Qué significa que mi padre vuelva en sueños? ¿Que parezca tan real?» Esto fue un acontecimiento inolvidable y me llevó por vez primera a meditar sobre la vida después de la muerte.

Con la muerte de mi padre surgieron graves problemas en relación con la prosecución de mis estudios. Una parte de lo parientes maternos opinaban que debía buscarme un puesto de empleado en una casa comercial para ganar algo lo antes posible. El hermano menor de mi madre se ofreció a ayudarla, pues los medios económicos de que disponíamos no bastaban con mucho. Un tío paterno me ayudó. Al finalizar mi carrera le debía 3.000 francos. El resto lo gané como ayudante y en la venta particular de una pequeña colección de antigüedades que había heredado de una vieja tía y que ventajosamente fui vendiendo pieza a pieza, con lo que obtuve una oportuna ganancia.

Quisiera no echar de menos mi época de pobreza. Se aprende a valorar las cosas simples. Recuerdo todavía muy bien que en cierta ocasión me regalaron una caja de cigarros. Me pareció algo regio. Me duraron todo un año, sólo los domingos me fumaba uno.

Puedo decir mirando hacia atrás: la época universitaria fue una bella época para mí. El espíritu lo avivaba todo y fue también una época de amistades. En la asociación Zofingia di varias conferencias sobre temas de teología y psicología. Manteníamos las más animadas discusiones

identificaba yo ingenuamente, según las enseñanzas recibidas para la primera comunión, con la imagen cristiana de Dios. (Tampoco sabía yo entonces que el diablo, propiamente dicho, nace con el cristianismo.) El «*hêr* Jesús» era, para mí, sin lugar a dudas, un hombre y por ello incierto, o sea, un simple portavoz del Espíritu Santo. Esta interpretación sumamente heterodoxa que difería de la teología de 90 a 180 grados encontraba naturalmente la más profunda incomprensión. La desilusión que por ello experimenté me llevó paulatinamente a un tipo de resignado desinterés y fortaleció cada vez más mi convicción de que en esta cuestión sólo la experiencia podía resultar decisiva. Con *Candide*, que leía entonces, podía decir: «*Tout cela est bien dit mais il faut cultiver notre jardin*», con lo que se aludía a las ciencias de la naturaleza.

En el transcurso de mi primer año de carrera hice el descubrimiento de que la ciencia posibilitaba, ilimitadamente por cierto, muchos conocimientos, pero sólo conocimientos muy precarios y éstos sobre cuestiones de naturaleza muy especial. Sabía, por mis lecturas filosóficas, que todo se basa en el hecho de la psiquis. Sin alma no existiría ni conocimiento ni ciencia. Pero nadie hablaba de ella. Era cierto que se la presuponía, tácitamente en todo, pero incluso cuando se la mencionaba, como hacía, por ejemplo, C. G. Carus, no consistía en ningún conocimiento verdadero, sino sólo en una especulación filosófica que se expresaba de un modo o de otro. No lograba entender esta extraña observación.

S Al finalizar el segundo semestre hice, sin embargo, un fatal descubrimiento: hallé en la biblioteca del padre de un compañero de clase, que era historiador de arte, un pequeño manual de los años setenta, sobre aparecidos. Se trataba de un informe sobre los comienzos del espiritismo, escrito por un teólogo. Mis dudas iniciales se disiparon rápidamente, pues no podía menos de ver que en principio se trataba de historias iguales o semejantes a la que una y otra vez había oído contar en el campo desde mi infancia.

La número 2 de mi madre estaba muy de acuerdo con mi entusiasmo, pero el resto de mi ambiente resultaba desalentador. Hasta entonces me había estrellado contra la piedra de las concepciones tradicionales; pero ahora chocaba con el acero de los prejuicios y una manifiesta incapacidad para hacer prevalecer las posibilidades no convencionales, y esto con mis amigos más íntimos. ¡A ellos les parecía mi interés más sospechoso aún que el ocuparme de la teología! Tenía la sensación de encontrarme en los confines del mundo. Lo que a mí más acuciantemente me interesaba era para los demás polvo y niebla, e incluso motivo de angustia.

S ¿Angustia por qué? No podía hallar explicación alguna. ¿Sin embargo, no era asombroso ni inaudito que quizás hubiese acontecimientos que superasen las limitadas categorías de tiempo, espacio y casualidad? Existen incluso animales que preveían el tiempo y los temblores de tierra, sueños que anunciaban la muerte de determinadas personas, relojes que se paraban en el momento de la muerte, vasos que se hacían añicos en un momento crítico, diversas cosas que eran evidentes a mi mundo de entonces. ¡Y ahora yo era, por lo visto, el único que había oído de todas estas cosas! Con toda sinceridad me planteé la cuestión sobre en qué mundo me hallaba. Era, evidentemente, el mundo ciudadano que nada sabía del mundo del campo, del verdadero mundo de las montañas, de los bosques y ríos, de los animales y de los pensamientos de Dios (léase plantas y cristales). Hallé consolado esta explicación y en cualquier caso acrecentaba de momento la sensación de mi propio valer, pues veía claro que el mundo de la ciudad, pese a su derroche de erudición, era limitado espiritualmente. Esta opinión me resultó peligrosa, pues me indujo a arranques de superioridad y a un desmedido afán de crítica y una agresividad que me ocasionaron merecidas antipatías. Por último, volvieron a resurgir posteriormente las antiguas dudas, los sentimientos de inferioridad y las depresiones —un ciclo que decidí inte-

podía él permitirse después de todo una cierta excentricidad, pero yo no podía saber entonces hasta qué punto me parecería a él.

Pese a mis temores, sentía curiosidad y me decidí a leerle. Lo primero que cayó en mis manos fueron las *Consideraciones anacrónicas*. Quedé fascinado por completo y no tardé en leer *Así hablaba Zaratustra*. Constituyó, como el *Fausto* de Goethe, una fuerte conmoción. Zaratustra era el Fausto de Nietzsche, y la número 2 era mi Zaratustra, era — esto me resultó claro — morboso. ¿También la número 2 era anormal? Esta posibilidad me dio un miedo que hacía mucho que no quería reconocer aunque me preocupaba mucho y se me presentaba siempre inoportunamente forzándome una y otra vez a meditar sobre mí mismo. Nietzsche había descubierto tarde a su número 2, transcurrida ya la mitad de su vida, mientras que yo conocía mi número 2 ya desde mi primera juventud. Nietzsche habló ingenua y descuidadamente de este Arrheton, que no se debe nombrar, como si todo esto fuese normal. Sin embargo, yo había visto muy pronto que con ello se adquieren experiencias muy malas. Él era por otra parte tan genial que ya en su juventud vino como catedrático a Basilea sin sospechar nada de lo que le esperaba. Precisamente a causa de su genialidad hubiera debido notar a tiempo que algo no concordaba. Esto fue pues, pensaba yo, su morboso error: resuelta e insospechadamente había mostrado la número 2 a un mundo en el que nada se sabía ni se comprendía de tales cosas. Estaba dominado por la infantil esperanza de encontrar hombres que compartiesen sus éxtasis y comprendieran la «transmutación de todos los valores». Pero sólo halló filisteos de la cultura; en realidad fue tragicómico que él mismo fuera de los que, como todos los demás, no se comprendían a sí mismos, cuando se sumergió en el misterio y en lo indecible y quiso ensalzarlo ante una multitud indiferente y dejada de la mano de todos los dioses. De ahí lo ampuloso de su lenguaje, lo recargado de sus metáforas, la ditirámica exalta-

ción que inútilmente intentaba hacer inteligible este mundo que se basó en datos científicos inconexos. Y así este equilibrista no concordó ni consigo mismo. No conocía a fondo este mundo —«dans ce meilleur des mondes possibles»— y fue por ello un poseso, alguien que sólo podía ser tratado con sumo cuidado por sus adeptos. De entre mis conocidos y amigos supe yo sólo de dos que se declarasen abiertamente partidarios de Nietzsche, ambos homosexuales. Uno de ellos acabó suicidándose, el otro degeneró en un genio incomprendido. Todos los demás quedaban no sólo algo perplejos ante el fenómeno Zarathustra, sino que también absolutamente inmóviles.

Mientras que *Fausto* me abrió una puerta, *Zarathustra* me cerró otra de modo radical y por mucho tiempo. Me ocurría lo que al viejo campesino a quien el mastín ha conducido dos vacas al mismo ronzal y su hijo pequeño le pregunta: «¿Cómo es esto posible?», y él responde: «Ay, no me hables de ello.»

Comprendí que no se llega a ninguna parte cuando no se habla de cosas que son conocidas por todos. Pues el novato en tales cuestiones no comprende la ofensa que supone para el prójimo el hablarle de algo que él ignora. Una iniquidad así sólo se le disculpa al escritor, al periodista o al poeta. Yo había comprendido que una nueva idea o incluso una opinión insólita sólo puede divulgarse a la luz de los hechos. Los hechos quedan y no pueden ocultarse por mucho tiempo bajo la mesa, y en cierta ocasión pasa alguien por allí y sabe lo que ha encontrado. Yo comprendí que, en realidad, a falta de otra cosa mejor, no hacía más que hablar, *en* lugar de aportar hechos, y al final todo se venía abajo. No tenía nada entre manos, yo tendía cada vez más a lo empírico. Me disgustaba que los filósofos hablasen de todo lo que no era asequible a la experiencia y silenciasen lo que podía encontrar respuesta en la experiencia. Me parecía que, en alguna ocasión y no importa dónde, había recorrido un valle de diamante, pero no podía convencer de ello a nadie, pues las muestras de

minerales que mostré no eran más que guijarros, tanto para mí mismo como para los inmediatos espectadores.

En 1898 comencé a reconciliarme con mi futura profesión de médico. Llegué pronto a la convicción de que debía especializarme. Aquí sólo había que considerar la cirugía o la medicina interna. Me inclinaba por lo primero a causa de mi especial formación en anatomía y por mi predilección por la anatomía patológica, y lo más probable era que hubiese optado por ella si hubiera dispuesto de los necesarios medios económicos. Me resultaba especialmente desagradable el tener que contraer deudas para poder estudiar. Sabía que después de mi examen de licenciatura debía ganarme la vida lo antes posible. Me propuse, pues, ingresar como ayudante en cualquier hospital sanatorial donde era más fácil conseguir un puesto retribuido que en una clínica. Un puesto en una clínica dependía en gran medida de las influencias o de la simpatía personal del médico jefe. Teniendo en cuenta mi incierta popularidad y las antipatías que normalmente experimentaba, no me atreví a probar fortuna y me conformé por ello con la modesta posibilidad de hallar empleo como asistente en cualquier hospital local. El resto dependía de mi diligencia, de mi habilidad y eficiencia.

Durante las vacaciones de verano sucedió algo que debió influir en mí poderosamente. Un día estaba en mi gabinete de estudio y repasaba mis libros de texto. En la habitación contigua, cuya puerta estaba entreabierta, estaba mi madre haciendo calceta. Era nuestro comedor, en el cual se veía la mesa redonda de madera de nogal. Procedía del ajuar de mi abuela paterna y entonces tenía ya setenta años. Mi madre estaba sentada frente a la ventana, aproximadamente a un metro de distancia de la mesa. Mi hermana estaba en la escuela y la criada en la cocina. De pronto se oyó una detonación como un pistoletazo. Me levanté de un salto y corrí al cuarto contiguo de donde había oído yo la explosión. Vi a mi madre sobresaltada en un sillón, su labor le había caído de las manos. Dijo tartamu-

S

deando: «¿Qué, qué ha sucedido? Fue justo a mi lado», y miraba sobre la mesa. Vimos lo que había sucedido: el tablero de la mesa se había roto por la mitad y no por el sitio encolado, sino en la madera encerada, quedé atónito. ¿Cómo había podido pasar tal cosa? ¿Una madera naturalmente encerada, pero seca ya desde hacía setenta años, que se abre en un día de verano con una elevada humedad habitual para nosotros? Hubiera resultado explicable en un día de invierno frío y seco junto a una estufa encendida. ¿Qué diablos pudo ser la razón de tal explosión? Realmente existen casualidades extrañas, pensé. Mi madre movió la cabeza y dijo con la voz de su número 2: «Sí, sí, esto significa algo.» Yo me sentí contrariado y disgustado por no poder responder nada.

S Aproximadamente catorce días después llegué por la tarde a las siete a casa y hallé a mi madre, mi hermana de catorce años y la sirvienta en plena excitación. Hacía una hora que se había oído de nuevo una explosión. Esta vez no había sido en la ya deteriorada mesa, sino en el aparador, mueble originario del siglo XIX. Habían mirado por todas partes, pero no habían encontrado ninguna grieta.

Comencé inmediatamente a inspeccionar detalladamente el aparador y lo inmediato a él, pero sin éxito. Registré el interior del mueble y su contenido. En el cajón, conteniendo la cesta del pan, hallé el pan y junto a él el cuchillo, cuya hoja estaba destrozada casi por completo. El mango estaba en un rincón del cesto rectangular y en cada una de las tres restantes esquinas había un trozo de la hoja del cuchillo. El cuchillo se había empleado todavía a las cuatro de la tarde y después se había guardado. Desde entonces nadie lo había tocado.

Días después llevé el cuchillo a uno de los mejores afiladores de la ciudad. Escudriñó los fragmentos con lupa y movió la cabeza: «Este cuchillo», dijo, «no tiene ningún defecto. El acero está en buen estado. Alguien lo ha roto en pedazos. Esto se puede conseguir, por ejemplo, introduciendo la hoja en el quicio del cajón y rompiéndolo trozo

a trozo. El acero es de calidad. O quizás se ha dejado caer desde gran altura sobre una piedra. Esto no puede estallar en absoluto. Se ha hecho algo con él.»⁴

S Mi madre y mi hermana se encontraban en la habitación cuando fueron sobresaltadas por la repentina detonación. La número 2 de mi madre me miró significativamente y no pude hacer más que callar. Me sentía enteramente desorientado y no podía de ningún modo explicarme lo sucedido. Esto me resultaba tanto más enojoso por cuanto debía admitir que estaba profundamente impresionado. ¿Por qué y cómo se partió la mesa y se quebró el cuchillo? La hipótesis de la casualidad resultaba del todo inadmisibile. Lo de que el Rin se desbordara eventualmente alguna que otra vez para mí era muy improbable y otras posibilidades quedaban *eo ipso* descartadas. ¿Qué podía pues ser?

Algunas semanas después me enteré de que ciertos parientes se entretenían desde hacía cierto tiempo con mesas giratorias y tenían una médium, una muchacha de poco más de quince años. Desde hacía algún tiempo en este círculo se pensaba en ponerme en contacto con esta médium, que caía en estado de sonambulismo y producía fenómenos espiritistas. Cuando oí esto pensé inmediatamente en nuestros fenómenos inexplicables y me propuse entrar en relación con esta médium. Comencé a asistir a sesiones con ella y otros interesados regularmente los domingos. Los resultados fueron las transmisiones de pensamiento y los golpes en la pared y en la mesa. Los movimientos de la mesa eran dudosos, se producían independientemente de la médium. Comprendí pronto que las condiciones limitadas eran, en general, inconvenientes. Me conformé con la evidente independencia de los golpes en la pared y presté mi atención al contenido de las transmisiones de pensamiento. Los resultados de estas observa-

peina

tesis

4. El cuchillo roto en cuatro pedazos lo conservó Jung cuidadosamente. A. J.

dicarme a la medicina interna. A ello hubiera llegado posiblemente si entretanto no hubiera sucedido algo que disipó cualquier duda acerca de mi ulterior trayectoria profesional.

Había asistido ciertamente a clases de psiquiatría y clínica, pero el profesor de psiquiatría de entonces no resultaba precisamente estimulante y cuando recordaba los efectos que en mi padre habían surtido las experiencias del manicomio y en especial de la psiquiatría, no era todo ello lo más idóneo para predisponerme en favor de esta última. Cuando me preparaba para el examen de licenciatura, la asignatura de psiquiatría fue sintomáticamente la última a que me dediqué. No esperaba nada de ella. Sin embargo, recuerdo todavía que al abrir el libro de Krafft-Ebing,⁶ pensé: Vamos a ver lo que tiene que decir un psiquiatra sobre su especialidad. Las clases y la clínica no me habían producido la menor impresión. No podía recordar ni siquiera un único caso clínicamente demostrado, sino tan sólo aburrimiento y hastío.

Comencé por el prólogo con la intención de hallar cómo presenta un psiquiatra el tema de su especialidad o cómo fundamenta, en cierto modo, su razón de ser. Como disculpa a esta presuntuosa actitud debo advertir que en el mundo médico de entonces, la psiquiatría ocupaba un nivel muy bajo en la carrera. Nadie sabía nada concreto sobre psiquiatría y no existía ninguna psicología que considerase al hombre como a un todo y que incluyera también sus modalidades patológicas. Del mismo modo que el director estaba encerrado en la misma institución con sus enfermos, también la psiquiatría se hallaba encerrada en sí misma y permanecía aislada de la ciudad, como un antiguo lazareto con sus leprosos. Nadie gustaba de mirar hacia allí. Los médicos sabían casi tan poco como los profanos y, por lo tanto, compartían también sus sentimientos de aversión. La enfermedad mental era una situación de-

Psig

6. *Manual de psiquiatría*, 4.^a edición, 1890.

sesperada y fatal y sus sombras alcanzaban también a la psiquiatría. El psiquiatra era una figura especial, como pronto iba a saber por propia experiencia.

Leí, pues, en el prólogo: «El que los manuales de psiquiatría comporten en sí un carácter más o menos subjetivo se basa ciertamente en lo singular de esta rama del saber y en lo imperfecto de su desarrollo.» Algunas líneas más abajo, el autor denominaba la psicosis «enfermedades de la persona». Entonces sentí que el corazón me daba un vuelco. Tuve que levantarme y tomar aliento. Me hallaba en la más viva excitación, pues fue para mí como una fulminante revelación de que no había para mí otra meta más que la psiquiatría. Sólo aquí las dos corrientes de mi interés podían confluir y encontrar su cauce por medio de un declive común. Aquí se hallaba el campo común de las experiencias de los hechos biológicos y espirituales, que por todas partes yo había buscado sin encontrarlo. He aquí, por fin, el lugar en que el cruce entre mi naturaleza y el espíritu era ya un hecho.

Mi apasionada reacción surgió cuando leía en Krafft-Ebing lo del «carácter subjetivo» del manual de psiquiatría. Así, pues, pensé yo, también este libro es en parte la confesión subjetiva del autor, que con sus prejuicios, con la totalidad de su propia existencia se encuentra detrás de la objetividad de sus experiencias y responde a la «enfermedad de la persona» con toda su propia personalidad. No había oído nunca nada semejante de mis profesores en Clínica. A pesar de que el manual en cuestión no se diferenciaba propiamente de los demás libros de este tipo, esta breve indicación proyectó una luz cegadora sobre el problema de la psiquiatría y fui fascinado por su hechizo.

Mi decisión estaba tomada. Cuando se lo comuniqué a mi profesor de medicina interna pude leer en su rostro la desilusión y el asombro. Mi vieja herida, la sensación de extrañeza y distanciamiento volvió a reavivarse. Pero ahora comprendía mejor por qué. Nadie había pensado que yo me pudiera interesar por este mundo aparte, ni siquie-

Psig

ramento apasionado. Su esposo era psiquiatra. Me pareció flotar en un mundo de fantasías intangibles y de recuerdos perdidos —el último soplo de un pasado que se esfumaba irreversiblemente—, un definitivo adiós a la nostalgia de mi infancia.

El 10 de diciembre de 1900 ocupé mi puesto de ayudante en el Burghölzli. Marché gustoso a Zurich, pues en el transcurso del año, Basilea me resultaba pequeña. Para los habitantes de Basilea no existía más ciudad que la suya: sólo en Basilea se estaba «bien» y al otro lado de las montañas comenzaba la «miseria». Mis amigos no podían comprender que me marchara y contaban con que dentro de poco regresaría. Pero esto no me fue posible, pues en Basilea estaba marcado para siempre como hijo del párroco Paul Jung y nieto de mi abuelo, el profesor Carl Gustav Jung. Pertenecía, por así decirlo, a un cierto grupo espiritual y a un determinado «estamento» social. Yo me sublevaba contra esto, pues no quería que se me encasillase.

En el aspecto espiritual, la atmósfera de Basilea me parecía incomparable y de una envidiable franqueza, pero el peso de la tradición era excesivo para mí. Cuando llegué a Zurich noté una gran diferencia. Zurich se comunicaba con el mundo no por el espíritu, sino por el comercio. Pero aquí el ambiente era despejado y esto lo tenía yo en mucho. Aquí no se respiraban en ninguna parte las oscuras emanaciones del siglo, aunque se echaba de menos el rico trasfondo de la cultura. Todavía hoy siento una dolorosa debilidad por Basilea, pese a que sé que ya no es lo que fue. Recuerdo todavía los días en que había un Ba-chofen y un Jacob Burckhardt, donde detrás de la catedral estaba aún la casa capitular y el viejo puente sobre el Rin que hasta su mitad era de madera.

Para mi madre resultó duro que yo me marchara de Basilea. Pero yo sabía que no podía ahorrarle este dolor y lo soportó valerosamente. Mi madre vivía con mi hermana, que era nueve años más joven que yo, una naturaleza

(Psig

delicada y enfermiza y en todos los aspectos distinta a mí. Parecía haber nacido para quedarse soltera, y realmente no se casó. Pero desarrolló una personalidad asombrosa y yo admiraba su actitud. Era una *Lady* innata y como tal murió. Tuvo que someterse a una operación que no parecía ofrecer peligro, pero a la que no sobrevivió. Me causó una profunda impresión cuando se comprobó que previamente había ordenado todos sus asuntos hasta el más mínimo detalle. En el fondo me resultaba extraña, pero sentía gran respeto por ella. Yo era mucho más emotivo; por el contrario, ella estaba siempre serena, aunque de naturaleza muy sensible. Me la hubiera podido imaginar en un convento del mismo modo que la única hermana de mi abuelo Jung, algunos años más joven vivió en un convento.⁷

Con el trabajo en el Burghölzli se inició mi vida en una realidad unívoca, hecha sólo de propósitos, consciencias, deber y responsabilidad. Era la entrada en el convento del mundo y el someterse al voto de creer sólo en lo probable, en el promedio, en lo banal y lo pobre de sentido, renunciar a todo lo extraño y significativo, y reducir todo lo desacostumbrado a lo habitual. Sólo había superficies que nada ocultaban, sólo comienzos sin continuidad, contingencias sin causalidad, conocimientos que se circunscribían a círculos cada vez más estrechos, definiciones que pretendían ser problemas, horizontes de agobiante estrechez y el inmenso desierto de la rutina. Durante medio año me encerré entre los muros del convento

1 B

7. Inmediatamente después de la muerte de su hermana, Jung escribió las siguientes líneas; «Hasta 1904 mi hermana Gertrud vivió con mi madre en Basilea. Luego se trasladó con ella a Zurich, donde vivió hasta 1909, primero en Zollikon y de entonces hasta su muerte en Küsnacht. Desde la muerte de su madre en 1923 vivió sola. Su vida exterior era tranquila, retirada y transcurrió en el estrecho círculo de relaciones familiares y de amistades. Era amable, educada, bondadosa y no permitía que los que la rodeaban curioseasen en su intimidad. Así murió también, silenciosamente, sin aludir a su propio destino, con perfecto porte. Culminaba una vida que había enriquecido interiormente, al margen de los juicios y las opiniones.»

para habituarme a la vida y el espíritu de un manicomio y me leí los cincuenta volúmenes de la *Revista general de psiquiatría* desde sus orígenes, para conocer la mentalidad psiquiátrica. Yo quería saber cómo reaccionaba el espíritu humano en el instante de su propia destrucción, pues la psiquiatría me parecía una expresión articulada de aquella reacción biológica que afecta al espíritu denominado sano en relación con la enfermedad mental. Mis propios colegas me parecían tan interesantes como los enfermos. Por ello, durante los posteriores años, elaboré una estadística, tan secreta como instructiva, sobre las condiciones hereditarias de mis colegas suizos tanto para mi propia formación, como para la comprensión de la actitud psiquiátrica.

Apenas necesito mencionar que mi concentración y mi autoimpuesta clausura extrañaron a mis colegas. Ellos, naturalmente, no sabían lo que me extrañaba a mí la psiquiatría y lo que me interesaba captar su espíritu. El interés terapéutico quedaba entonces lejos de mí, pero las variantes patológicas de la denominada normalidad me atraían poderosamente, puesto que se me ofrecía la tan añorada posibilidad de adquirir un conocimiento más profundo de la psiquis.

En tales condiciones comenzó mi carrera de psiquiatra, mi experimento subjetivo del cual nació mi vida objetiva.

No tengo interés ni capacidad para situarme tan fuera de mí mismo que pueda contemplar mi propio destino de un modo realmente objetivo. Caería en los conocidos errores autobiográficos escribiendo o una ilusión de lo que debió ser o una apología *pro vita sua*. En definitiva, se es un acontecimiento que uno mismo no puede juzgar, sino más bien depende del juicio de los demás —*for better or worse*.

ACTIVIDAD EN EL CAMPO DE LA PSIQUIATRÍA

B

Los tres años transcurridos en Burghölzli, en la clínica psiquiátrica de la Universidad de Zurich, fueron mis años de aprendizaje. En primer plano de mi interés se encontraba la cuestión acuciante: ¿Qué sucede a los enfermos mentales? Esto no lo comprendía yo aún entonces y entre mis colegas no se hallaba ninguno que se hubiera preocupado por esta cuestión. Las clases de psiquiatría estaban orientadas a hacer abstracción, por así decirlo, de la personalidad enferma y contentarse con diagnósticos, con descripción de síntomas y estadísticas. Desde el denominado punto de vista clínico, que entonces predominaba, para los médicos no se trataba de ocuparse de los enfermos mentales como hombres, como individualidades, sino de tratar al paciente X de acuerdo con una larga lista de diagnósticos y síntomas. Se le «rotulaba», se le estampillaba con un diagnóstico, y con ello el caso quedaba listo en la gran mayoría de los casos. La psicología del enfermo mental no desempeñaba en absoluto ningún papel.

En esta situación Freud se convirtió para mí en algo esencial y, concretamente, ante todo por sus investigaciones fundamentales sobre la psicología de la histeria y del sueño. Sus concepciones me mostraron un camino para investigaciones posteriores y para la comprensión de los casos individuales. Freud insertaba en la psiquiatría cues-

tiones psicológicas, a pesar de que él no era psiquiatra, sino neurólogo.

Todavía recuerdo perfectamente un caso que entonces me impresionó mucho. Se trataba de una joven que había ingresado en la clínica con la etiqueta «melancolía» y se hallaba en mi departamento. Se hizo el reconocimiento por el procedimiento usual: historial, tests, reconocimientos físicos, etc. Diagnóstico: esquizofrenia, o, como entonces se decía, *dementia praecox*. Pronóstico: grave.

Al principio no me atreví a dudar del diagnóstico. Entonces yo era aún un jovencito, un principiante y no me hubiera creído competente para establecer un diagnóstico distinto. Y, sin embargo, el caso me pareció extraño. Tenía la impresión de que no se trataba de una esquizofrenia, sino de una depresión corriente, y me propuse explorar a la paciente según mis propios métodos. Entonces me ocupaba yo de estudios diagnósticos por asociación y realicé con ella la prueba de la asociación. Además conversé con ella sobre sus sueños. De este modo logré aclarar su pasado y llegar a conocer lo esencial, que en el habitual historial no había quedado explicado. Obtuve los datos, por así decirlo, directamente del inconsciente y de ellos resultó una oscura y trágica historia.

Antes de que la mujer se casara había conocido a un hombre, hijo de un gran industrial, por quien todas las muchachas de la región se interesaban. Dado que ella era muy bonita, creyó gustarle y tener ciertas esperanzas respecto a él. Pero al parecer, él no se interesaba por ella y así, pues, ella se casó con otro.

Cinco años después visitó a un viejo amigo. Intercambiaron recuerdos y en esta ocasión dijo el amigo: «Cuando usted se casó, alguien recibió un rudo golpe, el señor X (el hijo del gran industrial)». ¡Éste fue el instante!, en este momento comenzó la depresión, y al cabo de algunas semanas se produjo la catástrofe:

Bañaba a sus hijos, primero a su hija de cuatro años y

luego a su hijo de dos años. Vivía en una región en la que el suministro de agua era higiénicamente defectuoso; para beber había agua pura de la fuente y agua contaminada del río para el baño y para lavar. Cuando bañaba a su hija vio cómo chupaba una esponja pero no se lo impidió. Incluso dio a beber a su hijito un vaso de agua contaminada. Naturalmente, hizo esto de modo inconsciente o sólo semi-consciente, pues se hallaba ya a la sombra de la iniciada depresión.

Poco tiempo después, tras el período de incubación, la niña enfermó de tifus y murió. Era su hijo predilecto. El muchacho no se contaminó. En aquel instante la depresión se agudizó y la mujer vino al frenopático.

El hecho de que fuera una criminal y muchos pormenores de su secreto lo había deducido yo mediante la prueba de asociación* y me resultó claro que aquí se hallaba la causa fundamental de su depresión. Se trataba en el fondo de un trastorno psicógeno.

¿Qué sucedía con la terapéutica? Hasta entonces había tomado narcóticos, a causa de su dificultad en conciliar el sueño, y puesto que se sospechaba de intento de suicidio se la vigilaba. Pero fuera de esto no se prescribió nada más. Físicamente estaba bien.

Me vi ahora ante un problema: ¿Debo hablar abiertamente con ella o no? ¿Debo proceder a la gran operación? Esto significaba para mí un difícil problema de conciencia, un enorme conflicto moral. Pero debía solventar el conflicto yo solo, pues si hubiera preguntado a mis colegas me hubieran advertido: «¡Por Dios!, no le diga tal cosa a la paciente, la enloquecerá aún más.» Pero en mi opinión el efecto podía ser inverso. Una pregunta puede responderse de un modo u otro según intervengan o no los factores inconscientes. Naturalmente, era consciente de lo que me arriesgaba: ¡si mi paciente estaba en un aprieto, yo también!

Pese a ello, me decidí a emprender un tratamiento

* Cfr. Glosario.

cuyo punto de partida no estaba muy claro. Le dije todo lo que había descubierto mediante el ensayo de asociación. Pueden ustedes imaginarse lo difícil que resultó todo. No resulta nada fácil decirle a alguien en la cara que ha cometido un crimen. Y resultó trágico para la paciente oírlo y admitirlo. Pero el resultado fue que, catorce días después, pudo ser dada de alta y nunca más tuvo que ser internada.

Otras razones me habían forzado a callar ante mis colegas: temía que discutieran sobre el caso y a lo mejor me hubieran planteado algunas cuestiones legales. Ciertamente no se podía demostrar nada a la paciente y, sin embargo, tales discusiones hubieran podido tener consecuencias catastróficas para ella. Me parecía más práctico que volviese a la vida normal para expiar en vida su culpa. Había sido ya suficientemente castigada por el destino. Cuando se la dio de alta marchóse de allí con una pesada carga. Debía soportarla. Su penitencia había comenzado ya con la depresión y el internamiento y la pérdida de su hija fue para ella un dolor profundo.

En muchos casos psiquiátricos el paciente tiene una historia que no se relata y que por regla general nadie conoce. Para mí, la verdadera terapéutica comienza sólo después de la investigación de dicha historia personal. Constituye el secreto del paciente en el cual éste se ha destrozado. A la vez encierra la clave para su tratamiento. El médico sólo debe saber cómo averiguarlo. Debe plantear las preguntas que afectan a todo hombre y no sólo a sus síntomas. La exploración de los datos conscientes no basta en la mayoría de los casos. Bajo ciertas circunstancias el ensayo de asociación puede abrir la puerta, y también la interpretación de los sueños* puede lograrlo, o el prolongado y sufrido contacto humano con el paciente.

En 1905 me doctoré en psiquiatría y el mismo año me convertí en médico jefe de la clínica psiquiátrica de la Uni-

* Cfr. Glosario.

Psiquiatría

versidad de Zurich. Ocupé este cargo durante cuatro años. Entonces (1909) tuve que renunciar a él, porque el trabajo me resultaba excesivo. En el transcurso de los años mi consulta privada se incrementó hasta tal punto que no podía dar abasto a todo el trabajo. Sin embargo conservé mi cargo de profesor auxiliar hasta el año 1913. Leía sobre psicopatología y, naturalmente, también sobre las bases del psicoanálisis de Freud, así como sobre la psicología de los primitivos. Éstos fueron mis principales objetivos. En el primer semestre me ocupé de los cursillos, principalmente sobre hipnosis, así como sobre Janet y Flournoy. Posteriormente situé el problema del psicoanálisis de Freud en primer plano.

También en los cursos sobre hipnosis me informaba de la historia personal del paciente, la cual exponía a los estudiantes. Recuerdo todavía muy bien cierto caso:

Una vez apareció una mujer de unos cincuenta y ocho años, aparentemente versada en cuestiones religiosas. Iba con muletas, conducida por su sirvienta. Desde los diecisiete años sufría de parálisis dolorosa en la pierna izquierda. La hice sentar en una cómoda silla y le pregunté sobre su historia. Comenzó a relatar y a gemir y surgió toda la historia de su enfermedad, con todo detalle. Finalmente la interrumpí y dije: «Bueno, ahora no disponemos de tiempo para hablar tanto. Ahora debo hipnotizarla.» Apenas hube dicho esto, cerró los ojos y cayó en profundo trance, ¡sin hipnotizarla en absoluto! Me asombré, pero la dejé en paz. Hablaba sin tasa y contó los más extraños sueños que ponían en evidencia la profunda experiencia del inconsciente. Sin embargo, comprendí esto sólo mucho más tarde. Entonces lo interpreté como una especie de delirio. Pero la situación me resultaba algo incómoda. ¡Allí estaban veinte estudiantes ante los que quería demostrar una hipnosis!

Cuando al cabo de media hora quise despertar a la paciente, no se despertaba. Me resultó inquietante y comencé a pensar que al fin pudiera haber hallado una psicosis

latente. Transcurrieron diez minutos hasta que logré despertarla. ¡No podía permitir que los estudiantes notasen mi miedo! Cuando la mujer volvió en sí estaba mareada y confusa. Intenté tranquilizarla: «Soy el médico y todo va bien.» A lo que exclamó: «¡Pero yo estoy ya curada!», tiró las muletas y pudo andar. Yo me sonrojé y dije a los estudiantes: «Han visto ustedes ahora lo que se puede conseguir con la hipnosis.» Pero no tenía la menor idea de lo que había pasado.

Ésta fue una de las experiencias que me alentaron a aceptar la hipnosis. No comprendía qué era lo que había sucedido, pero la mujer estaba realmente curada y se marchó feliz. Le rogué que me informara de su estado en lo sucesivo, pues contaba que, a más tardar al cabo de un día, experimentaría una recaída. Pero los dolores no volvieron y tuve que admitir, pese a mi escepticismo, el hecho de su curación.

En la primera clase del semestre de verano del año siguiente volvió a aparecer. Esta vez se quejaba de fuertes dolores en la espalda que hacía poco se le habían presentado. Yo no excluía que dependieran de las nuevas clases recomenzadas. Quizás había leído la noticia de mis clases en el periódico. Le pregunté cómo comenzaron los dolores y qué era lo que los causaba. Pero ella no podía recordar que hubiera sucedido nada en un tiempo determinado y no sabía dar explicación alguna. Finalmente logré arrancarle que los dolores habían comenzado de hecho el mismo día y a la misma hora en que se anunció en el periódico que yo reemprendía las clases. Ciertamente esto confirmaba mis sospechas, pero no llegaba a comprender qué es lo que pudo haber operado la milagrosa curación. Volví a hipnotizarla, es decir, volvió a caer, como entonces, en trance espontáneamente, y luego quedó libre de sus dolores.

Después de la clase la retuve para saber detalles de su vida. Resultó que tenía un hijo anormal que se encontraba en la clínica, en mi sección. Yo no sabía nada de ello

Proyección

porque ella llevaba el nombre de su segundo marido, mientras que el hijo nació del primer matrimonio. Era su único hijo. Naturalmente, ella había esperado tener un hijo inteligente y afortunado y se sintió profundamente desilusionada cuando ya en sus años mozos enfermó psíquicamente. Entonces yo era un médico todavía joven y representaba para ella todo lo que había deseado para su hijo. Por ello sus ambiciosos deseos, que ella había alimentado como madre, se proyectaron sobre mí. Me adoptó, por así decirlo, como hijo y anunció *urbi et orbi* su extraordinaria curación.

Mago

En realidad mi fama local como mago se la debo a ella, y la historia pronto la supieron todos, incluso mis primeros pacientes. ¡Mis actividades terapéuticas comenzaron, pues, porque una madre me había puesto a mí en el lugar de su hijo anormal! Naturalmente, le expliqué toda esta serie de circunstancias y supo comprenderlo muy bien. Posteriormente no tuvo ya más recaídas.

Terapia

En realidad ésta fue mi primera experiencia terapéutica, podría decir mi primer análisis. Recuerdo claramente la conversación con la dama en cuestión. Era inteligente y agradecida en grado sumo porque yo me la había tomado en serio y me había interesado por su destino y el de su hijo. Esto la ayudó.

Al principio adopté también la hipnosis en mi consulta privada, pero muy pronto la descarté porque con ella se obra a ciegas. No se sabe nunca hasta cuándo durará un progreso o una convalecencia, y yo siempre me resistí a actuar en la incertidumbre. Tampoco me gustaba decidir por mí mismo lo que el paciente debía hacer. Me interesaba mucho más saber por el propio paciente hacia dónde iba él. Para ello necesitaba realizar cuidadosos análisis de los sueños y de otras manifestaciones del inconsciente.

En el transcurso del año 1904 a 1905 fundé yo, en la clínica psiquiátrica, un laboratorio de psicopatología experimental. Allí tenía yo un grupo de discípulos con quienes

investigaba las reacciones psíquicas (es decir, asociaciones*). Franz Riklin (padre) era mi colaborador. Ludwig Binswanger redactaba entonces su tesis doctoral sobre la prueba de asociación en relación con el efecto psicogalvánico, y yo preparaba mi trabajo «Zur psychologischen Tat-bestandsdiagnostik» (Sobre el diagnóstico psicológico de las circunstancias del delito).¹ Había allí también algunos americanos, entre otros Carl Peterson y Charles Ricksher. Sus trabajos se publicaron en revistas americanas especializadas. Debo a los estudios de asociación el que posteriormente fuera invitado, en el año 1909, por la Clark University; allí debía exponer mis trabajos. Al mismo tiempo, e independientemente de mí, fue invitado Freud. Los dos recibimos el grado de *Doctor of Laws honoris causa*.

Fue tanto por la prueba de asociación como por los experimentos psicogalvánicos por los que fui conocido en América; pronto acudieron numerosos pacientes de allí. Recuerdo todavía muy bien uno de los primeros casos.

Un colega americano me había enviado un paciente. El diagnóstico decía «neurastenia alcohólica». El pronóstico le calificaba de «incurable». Por ello mi colega, previsoramente, le había dado el consejo de consultar a cierta autoridad en neurología de Berlín en el caso de que mi tratamiento no condujese a nada. Vino a las horas de consulta y después de que hube conversado un poco con él advertí que el hombre tenía una neurosis corriente de cuyo origen psíquico él no sospechaba nada. Hice con él la prueba de asociación y por ello supe que sufría las consecuencias de un formidable complejo materno. Procedía de una rica y distinguida familia, tenía una simpática mujer y, por así decirlo, carecía de preocupaciones aparentemente. Sólo que bebía demasiado y esto era un desesperado intento de narcotizarse para olvidar su agobiante situación.

* Cfr. Glosario.

1. *Revista de neurología y psiquiatría*, año XXVIII, 1905. Se reeditó en el vol. I de las *Obras completas*.

paciente, pues descubre el trasfondo humano y el sufrimiento humano, y sólo entonces puede determinarse la terapéutica a seguir. Esto me lo mostró también claramente otro caso.

Se trataba de una antigua paciente de la sección de mujeres, una anciana de setenta y cinco años, que permanecía desde hacía cuarenta años en cama. Hacía casi cincuenta que llegó al manicomio, pero nadie podía recordar cuándo fue su ingreso; entretanto, todos habían muerto. Sólo una enfermera jefe que hacía treinta y cinco años que trabajaba en la institución sabía todavía algo de su historia. La anciana ya no podía hablar y sólo podía ingerir alimentos líquidos o semilíquidos. Comía con los dedos y desmenuzaba los alimentos en la boca. A veces necesitaba casi dos horas para tomarse una taza de leche. Justamente cuando no comía hacía movimientos extraños y rítmicos con las manos y los brazos cuya naturaleza yo no sabía comprender. Quedé profundamente impresionado por el grado de aniquilación a que puede llevar una enfermedad mental, pero no sabía explicármelo. En las conferencias clínicas se presentaba como una forma catatónica de demencia precoz, pero esto a mí no me decía nada, pues no explicaba lo más mínimo sobre el significado y origen de los extraños movimientos.

La impresión que me hizo este caso caracteriza mi reacción contra la psiquiatría de entonces. Tenía la sensación, cuando era ayudante, de no comprender en absoluto lo que pretendía ser la psiquiatría. Me sentía sumamente incómodo junto a mi jefe y a mis colegas, que se comportaban de forma tan segura, mientras que yo, desorientado, andaba a ciegas. La tarea principal de la psiquiatría la veía yo en el conocimiento de las cosas que suceden en el interior del espíritu enfermo y de ello yo no sabía nada todavía. ¡Me encontraba ahora atado a una profesión en la cual no entendía nada en absoluto!

Una noche, a una hora avanzada, recorrí la sección; vi a la anciana con sus enigmáticos movimientos y me pre-

Psiquia

Siempre me ha extrañado lo que se ha tardado hasta que la psiquiatría se ha dedicado finalmente al contenido de la psicosis. No se preguntaba nunca lo que significaban las fantasías de los pacientes y por qué un paciente tenía una fantasía distinta a la de otro, por qué, por ejemplo, uno creía estar perseguido por los jesuitas y otro que los judíos le querían envenenar, o un tercero que la policía andaba detrás de él. No se tomaba en serio los contenidos de las fantasías, sino que se hablaba, por ejemplo, genéricamente de «ideas persecutorias». Me parece también extraño que mis investigaciones de entonces estén hoy casi olvidadas. Ya a principios de siglo traté esquizofrenias de modo psicoterápico. Este método no se ha descubierto propiamente hoy. Pero transcurrió mucho tiempo hasta que se comenzó a dar entrada a la psicología en la psicoterapia.

Cuando estaba todavía en la clínica tenía que tratar a mis pacientes esquizofrénicos muy discretamente. Debía tener mucho cuidado si quería evitar el reproche de que eran fantasías mías. La esquizofrenia, o como entonces se la denominaba, la «demencia precoz», se tenía por incurable. Si se lograba tratar con éxito una esquizofrenia se decía simplemente que no había sido esquizofrenia.

Cuando Freud me visitó en Zurich en el año 1909 le hablé del caso de Babette. Después él me dijo: «Sabe usted, Jung, lo que usted ha encontrado en esta paciente es verdaderamente interesante. Pero ¿cómo pudo usted soportar el permanecer horas y días en esta odiosa sala de mujeres?» Debí quedar perplejo, pues esta idea no se me había ocurrido en absoluto. Para mí era en cierto sentido una vieja cosa agradable porque tenía bellas ideas fijas y decía cosas interesantes. Y, finalmente, en ella se destacaba la figura humana envuelta en nubes de absurdo grotesco. Con Babette no se hizo nada en el aspecto terapéutico, hacía demasiado tiempo que estaba enferma. Pero vi otros casos en los que este tipo de tratamiento tuvo efectos terapéuticos duraderos.

En los enfermos mentales sólo es visible exteriormente

Psiquia

incesto que sufrió de jovencita se sintió rebajada ante los ojos del mundo, pero en cambio en el reino de la fantasía se sentía ensalzada: se sintió trasladada, por así decirlo, a un reino mítico; pues el incesto es, según la tradición, una prerrogativa del rey y de los dioses. A través de ello, sin embargo, se produjo una total enajenación del mundo, el estado de psicosis. Se convirtió, por así decirlo, en extramundana y perdió el contacto con los hombres. Llegó a un distanciamiento cósmico, en la bóveda celeste, donde encontró al demonio alado. Transfirió esta figura en mí durante el tratamiento, siguiendo la regla. Por ello, automáticamente, estuve amenazado de muerte, como cualquiera que hubiera intentado convencerla de la existencia humana normal. A través de sus explicaciones, en cierto modo, había descubierto el demonio en mí y ligado de este modo a un hombre terrestre. Por ello pudo volver a la vida e incluso casarse.

Yo mismo, desde entonces, vi con otros ojos el sufrimiento de los enfermos mentales, pues sabía ahora también de los significativos acontecimientos de su vivencia interna.

Se me pregunta muchas veces sobre mi método psicoterapéutico o analítico. No puedo dar sobre esta cuestión una respuesta terminante. La terapéutica es en cada caso distinta. Si un médico me dice que «sigue» estrictamente tal o cual «método», dudo del efecto terapéutico. Se habla tanto en la literatura de la resistencia del paciente que casi parece como si se le quisiera obligar a tomar algo, mientras que lo curativo debería surgir de él de modo natural. La psicoterapia y los análisis son tan distintos como los mismos individuos. Yo trato a cada paciente lo más individualmente posible, pues la solución del problema es siempre personal. Las reglas válidas en general sólo se pueden formular *cum grano salis*. Una verdad psicológica es solamente válida cuando se puede cambiar. Una solución que a mí no se me ocurra puede ser para otro precisamente la correcta.

Terapia

Naturalmente un médico debe conocer los denominados «métodos». Pero debe evitar el anquilosarse en lo rutinario. Las premisas teóricas sólo deben aplicarse con mucho cuidado. Hoy quizás son válidas, mañana pueden serlo otras. En mis análisis no juegan ningún papel. Intencionadamente no soy sistemático. Frente al individuo no hay para mí más que la comprensión individual. Para cada paciente se requiere un lenguaje distinto. Así pues, se me puede oír hablar en un análisis de adlerianismo y en otro de freudismo.

El punto decisivo es que yo, como hombre, me enfrente a otro hombre. El análisis es un diálogo en el cual participan dos interlocutores. Analista y paciente se sientan uno frente al otro, *vis-à-vis*. El médico tiene algo a decir, pero también el paciente.

Dado que en la psicoterapia no se trata de «aplicar un método», no basta únicamente con el estudio de la psiquiatría. Yo mismo hube de trabajar mucho hasta que poseí la necesaria madurez para la psicoterapia. Ya en 1909 comprendí que no podía tratar las psicosis latentes si no comprendía su simbolismo. Entonces comencé a estudiar mitología.

Tratándose de pacientes cultos e inteligentes, el psiquiatra necesita algo más que un mero dominio de la especialidad. Debe comprender, libre de toda premisa teórica, qué es lo que realmente conmueve al paciente, de no ser así provoca resistencias inútiles. No se trata de confirmar una teoría, sino de que el paciente mismo debe ser concebido individualmente. Evidentemente esto no es posible sin una comparación con concepciones colectivas, de las cuales el médico debe tener conocimiento. Aquí no basta una simple formación médica puesto que el horizonte del alma humana abarca infinitamente más que la perspectiva de la sala de consulta médica.

El alma* es mucho más complicada y más impenetra-

* Cfr. Glosario.

ble que el cuerpo. Es, por así decirlo, la mitad del mundo que sólo existe en tanto se es consciente de ello. Es por ello que el alma no es sólo un problema personal sino del mundo, y el psiquiatra tiene que habérselas con todo un mundo.

Hoy puede verse como nunca se vio anteriormente: el peligro que a todos nos amenaza no proviene de la naturaleza sino del hombre, del alma de un individuo en particular y de muchos. ¡En el desequilibrio psíquico el hombre está en peligro! Todo depende de que nuestra psiquis funcione correctamente o no. ¡Si hoy ciertas gentes perdiesen la cabeza explotaría una bomba de hidrógeno!

El psicoterapeuta, sin embargo, no debe sólo comprender al paciente; es igualmente importante que se comprenda a sí mismo. Es por ello que la *conditio sine qua non* de la formación es el propio análisis, el denominado análisis teórico. La terapia del paciente comienza, por así decirlo, en el médico: sólo cuando él comprenda cómo tratarse a sí mismo y a sus propios problemas podrá familiarizarse con el paciente. Pero sólo entonces. En el análisis teórico debe aprender el médico a conocer su alma y a tomarse en serio. Si no puede lograr esto, tampoco lo aprenderá el paciente. Pero con ello pierde un fragmento de su alma, del mismo modo que el médico ha perdido el fragmento de su alma que no aprendió a conocer. Así pues, no basta con que el médico en los análisis teóricos adopte un sistema de conceptos. Como analista debe lograr que el análisis le afecte a sí mismo, que sea un fragmento de vida auténtica y no un método que se pueda aprender de memoria ¡en el sentido literal! El médico o terapeuta que no incluya esto en sus análisis teóricos tendrá más tarde que pagarlo caro.

Existe ciertamente también la denominada «pequeña psicoterapia», pero en el análisis propiamente dicho entra en liza todo el hombre, paciente y médico. Existen muchos casos que no se pueden curar sin renunciar a uno mismo. Cuando se trata de cosas importantes resulta decisivo si el

médico se concibe a sí mismo como una parte del drama o se encierra en su propia autoridad. En las grandes crisis de la vida, en los instantes supremos en que se trata de ser o no ser, no ayudan para nada los pequeños y sugestivos juegos de manos, aquí el médico ha de entregarse con todo su ser.

El terapeuta debe dar cuenta siempre de cómo reacciona él mismo a la confrontación con el paciente. Y se reacciona no sólo con la consciencia, sino que hay que preguntarse siempre: ¿Cómo ve mi inconsciente la situación? Hay pues que intentar comprender los propios sueños, prestarles la mayor atención posible y observarse a sí mismo como al paciente, de lo contrario el tratamiento en ciertas circunstancias puede fracasar. Explicaré un ejemplo acerca de esto.

Tuve una vez una paciente, una mujer muy inteligente que, sin embargo por diversas razones, me pareció algo sospechosa. Primero el análisis fue bien, pero al cabo de un tiempo me pareció como si en la interpretación del sueño no acertase yo y creí observar también una cierta languidez en la conversación. Así pues decidí hablar de ello con la paciente, pues naturalmente a ella no se le había ocurrido que algo no funcionaba correctamente. La noche anterior a su próxima visita tuve el siguiente sueño:

Andaba por un camino vecinal a través de un valle entre resplandores crepusculares. A la derecha se alzaba una escarpada colina. En su cumbre había un castillo y en la torre más alta estaba sentada una mujer en una especie de balaustrada. Para poder verla bien tenía que doblar mucho la cabeza hacia atrás. Me desperté con dolores en la nuca. Ya en sueños había reconocido a mi paciente en la mujer.

El significado lo comprendí inmediatamente: que en mi sueño hubiera de mirar así hacia mi paciente quería decir que era probable que en realidad la hubiese mirado despectivamente. Los sueños son compensaciones de la actitud consciente. Le comuniqué el sueño y mi interpre-

zados por los legos en la materia. Yo acepto que quienes no son médicos estudien psicoterapia y la ejerzan, pero en el caso de las psicosis latentes pueden fácilmente equivocarse. Por ello recomiendo que los legos en psiquiatría trabajen como psicoanalistas, pero bajo el control de un especialista en la materia. En cuanto se sientan inseguros en lo más mínimo deben consultarle. Incluso para los médicos es muy difícil, en la mayoría de los casos, reconocer una esquizofrenia latente y tratarla, y tanto más para los legos. Pero siempre he constatado que los legos que se han dedicado durante muchos años a la psicoterapia saben y pueden hacer algo. A esto se añade que no hay suficientes médicos para ejercer la psicoterapia. Esta profesión requiere una formación general muy larga y metódica que sólo poseen los menos.

La relación entre médico y paciente puede conducir en ocasiones a fenómenos de naturaleza parapsicológica, especialmente cuando se produce una transferencia del paciente o una identificación más o menos inconsciente entre médico y paciente. Yo he experimentado esto muchas veces. Me impresionó especialmente el caso de un paciente a quien libré de una depresión psicógena. Una vez curado regresó a casa y se casó, pero la mujer no me gustó. Cuando la vi por primera vez tuve una inquietante sensación. Observé que no me veía con buenos ojos a causa de mi influencia sobre su marido, que me estaba agradecido. Sucede con frecuencia que las mujeres que no quieren verdaderamente al marido son celosas y destruyen sus amistades. Quieren que les pertenezca por entero, porque precisamente ellas mismas no le pertenecen a él. El núcleo de todos los celos es una falta de amor.

La intromisión de la mujer significó para el paciente una carga inusitada para la cual no estaba preparado. Un año después de la boda, bajo esta carga, cayó nuevamente en una depresión. Yo había convenido con él —en previsión de esta posibilidad— que me llamase inmediatamente-

te si notaba que se descorazonaba. Pero se abstuvo de hacerlo no sin saberlo su mujer, quien dio poca importancia a su mal humor. No recibí noticias suyas.

Por aquel tiempo di en B. una conferencia. Hacia la medianoche llegué al hotel —después de la conferencia había ido a comer con un par de amigos— y me metí en la cama inmediatamente. Estuve sin embargo bastante rato despierto. Hacia las dos —debía estar ya dormido— me desperté con espanto y tuve el convencimiento de que alguien estaba en mi habitación; me parecía como si alguien hubiera abierto la puerta violentamente. Abrí la luz inmediatamente, pero allí no había nadie. Pensé que quizás alguien se había equivocado de puerta y miré en el pasillo, reinaba el silencio más absoluto. «Qué extraño —pensé—, alguien ha entrado en la habitación.» Entonces intenté recordar lo pasado y me di cuenta de que me había despertado por un sordo dolor, como si algo me hubiera dado contra la frente y me hubiera golpeado en la parte posterior del cráneo. Al día siguiente recibí un telegrama, en que se me comunicaba que aquel paciente se había suicidado. Más tarde supe que se había disparado un tiro y que la bala se introdujo en la parte posterior del cráneo.

En este suceso se trató de un auténtico fenómeno de **sincronismo**,* como no es raro observar en relación con una situación arquetípica —en este caso la muerte. Mediante la relativización del tiempo y del espacio en el inconsciente es posible que hubiera percibido algo que en la realidad sucedía en otro lugar completamente distinto. El inconsciente colectivo es común a todos, constituye el fundamento de lo que en la antigüedad se definió como «**simpatía de todas las cosas**». En este caso mi inconsciente supo la situación de mi paciente. Ya la tarde anterior me sentí extrañamente inquieto y nervioso, contrariamente a mi modo de ser habitual.

* Cfr. Glosario.

Sincronicidad

El sueño parece de momento incomprensible; pero como teólogo hubiera debido recordar el «estanque» cuyas aguas son removidas por un viento repentino y en la que se sumerge a los enfermos —el estanque de Bethesda. Un ángel desciende y toca el agua que por ello adquiere facultad curativa. El viento suave es el Espíritu Santo que sopla donde quiere. Y ello causa al soñador angustia infernal. Se manifiesta una invisible presencia, un numen que vive por sí mismo y por el cual se origina una tormenta sobre los hombres. La posibilidad del lago de Bethesda el soñador sólo la admitió de mala gana. No quiso admitirla, pues tales cosas se discuten sólo en la Biblia y a lo sumo los domingos por la mañana durante el sermón. No tienen nada que ver con la psicología. Del Espíritu Santo se habla sólo en ocasiones festivas, pero no, de ningún modo, es un fenómeno de la experiencia.

T Yo sé que el teólogo debía superar su miedo y, por así decirlo, vencer su pánico. Pero no insisto nunca cuando alguien no está dispuesto a seguir su propio camino y a asumir su propia responsabilidad. No estoy dispuesto a concluir fácilmente que se trata «únicamente» de resistencias normales. Las resistencias —concretamente cuando son obstinadas— merecen consideración, porque con frecuencia significan advertencias que no se deben pasar por alto. Lo curativo puede ser un veneno que no todos aceptan, o una operación que causa la muerte si resulta contraindicado.

Cuando se trata de la vivencia interna, de lo más personal, resulta para la mayoría de hombres poco tranquilizante y muchos huyen de ello. Así también este teólogo. Sé perfectamente que los teólogos se encuentran en una situación más difícil que los demás. Por una parte están más próximos a lo religioso, pero por otra parte se encuentran más estrechamente vinculados por la Iglesia y el dogma. El riesgo de la vivencia interna, la aventura espiritual, es desconocida por la mayoría de hombres. La posibilidad de que puede ser una realidad psíquica es anatema. ¿Debe ba-

sarse en algo «sobrenatural» o por lo menos «histórico», pero psíquico? Ante esta pregunta surge a menudo un menosprecio del alma tan repentino como profundo.

En la psicoterapia actual se exige con frecuencia que el médico o el psicoterapeuta «coopere», por así decirlo, con el paciente y sus afectos. Yo considero que esto no es siempre correcto. A veces es necesario también una intervención activa por parte del médico.

Una vez me visitó una dama, perteneciente a la alta nobleza, que acostumbraba a abofetear a todos sus empleados, inclusive a sus médicos. Padecía una neurosis impulsiva y había estado en una clínica sometida a tratamiento. Naturalmente, no tardó en propinar al médico jefe el obligado bofetón. A sus ojos no era más que un buen *valet de chambre*. Éste la envió a otro médico con el que de nuevo pasó lo mismo. Puesto que la dama no estaba propiamente loca, aunque había que tratarla con pies de plomo, se vio en un apuro y me la envió a mí.

Era una personalidad imponente, de 1,82 de altura. ¡Realmente podía pegar, se lo aseguro a ustedes! Se presentó y conversamos agradablemente. Luego llegó el momento en que hube de decirle algo desagradable. Con rabia, se levantó de un salto y me amenazó con pegarme. Yo me había levantado también de un salto y le dije: «Bueno, usted es la dama, pegue primero —*Ladies first!* Pero luego pegaré yo», y ésa era también mi intención. Se dejó caer en una silla y dijo: «Esto no me lo había dicho nadie todavía.» Pero a partir de este instante la terapéutica surtió efecto.

Lo que esta paciente necesitaba era la reacción masculina. En este caso hubiera sido completamente erróneo «cooperar». Ello no la hubiera ayudado en absoluto. Tenía una neurosis impulsiva porque moralmente no podía dominarse a sí misma. Tales gentes son dominadas por la naturaleza, precisamente mediante los síntomas impulsivos.

Hace años que terminé una estadística sobre los resultados de mis tratamientos. No recuerdo con exactitud las cifras, pero en conjunto una tercera parte de los casos se

Entre los pacientes de nuestros días denominados neuróticos existen no pocos que en épocas más antiguas no se hubieran vuelto neuróticos, es decir, en desacuerdo consigo mismos. Si hubieran vivido en una época y en un ambiente en el que el hombre estaba vinculado a través del mito con el mundo del misterio, y por éste con la naturaleza viva y no meramente contemplada desde fuera, se hubieran ahorrado la desavenencia consigo mismos. Se trata de hombres que no soportan la pérdida del mito y no hallan el camino a un mundo meramente externo, es decir, a la concepción de las ciencias, de la naturaleza, ni puede satisfacerles el fantástico juego de palabras intelectual que no tiene que ver lo más mínimo con la sabiduría.

Estas víctimas del desdoblamiento anímico de nuestra época son meros «neuróticos facultativos», cuya aparente anormalidad desaparece en el momento en que se cierra el abismo entre el yo y el inconsciente. Quien ha experimentado profundamente en sí mismo este desdoblamiento es más capaz de lograr una mejor comprensión para estos procesos anímicos inconscientes e impedir aquel típico peligro de desorbitación que amenaza al psicólogo. Al que no conoce por propia experiencia la influencia nefasta de los arquetipos* le será difícil sustraerse de tal influencia negativa cuando la confronte en la práctica con su experiencia. Sobrevalorará o subestimaré todo esto, porque posee sólo una noción intelectual, pero no una norma empírica. Aquí comienzan —no sólo para el médico— los peligrosos extravíos, el primero de los cuales es el intento de usurpación intelectual. Tiene por objetivo secreto sustraerse a la influencia arquetípica y en beneficio de la auténtica experiencia de un mundo conceptual aparentemente asegurado de modo artificial, pero meramente bi-dimensional, que aspira a ocultar la realidad de la vida con las llamadas ideas claras. La desviación hacia lo abstracto despoja a la experiencia de su sustancia y le presta el mero

* Cfr. Glosario.

RAZÓN-sentimiento

nombre, que a partir de entonces suplanta a la realidad. Nadie está obligado a un concepto y tal es precisamente la conveniencia buscada que promete protección frente a la experiencia. Pero el espíritu no vive de los conceptos, sino de los hechos. Las meras palabras no sirven para nada, lo único que se logra es repetir este proceso hasta el infinito. A los pacientes más difíciles y desagradecidos pertenecen, según mi experiencia, junto a los habituales mentirosos, los denominados intelectuales, pues en ello una mano ignora lo que hace la otra. Cultivan una psicología *à com-partiments*. Con un intelecto no controlado por sentimiento alguno, todo se puede solucionar y, sin embargo, se tiene una neurosis.



Del encuentro con mis pacientes y del análisis del fenómeno anímico que me presentaba una inagotable sucesión de imágenes he aprendido mucho no de la mera ciencia sino principalmente de la comprensión de la propia esencia, y no poco gracias a los errores y fracasos. He tenido particularmente pacientes femeninas que con frecuencia colaboraron con mucha escrupulosidad, inteligencia y comprensión. Cooperaban decididamente a que yo pudiera hallar nuevos caminos en la terapéutica.

Algunos analizados se han convertido, en el sentido propio de la palabra, en mis discípulos, que han dado origen a mis ideas. Entre ellos hallé hombres cuya amistad se ha mantenido durante décadas.

Mis pacientes y analizados me han situado tan cerca de la realidad de la vida humana que yo no hubiera podido encontrar nada más esencial en mis experiencias. El encuentro con hombres de los tipos más dispares y del más diverso nivel psicológico fue para mí de una importancia mucho mayor que una conversación fragmentaria con una eminencia. Las conversaciones de mi vida más bellas y ricas en consecuencias son anónimas.